

La Residencia de Estudiantes en la actualidad

JOSÉ GARCÍA VELASCO*

Recuperar la Residencia de Estudiantes significa preservar y difundir un valioso legado del que nos sentimos orgullosos, pero también hacer posible que los principios que animaron su fundación continúen vivos en el presente. Desde 1988 esta tarea apasionante es, con el apoyo público y privado, empeño de quienes nos honramos en trabajar en ella.

Como es sabido, la historia de la Residencia se inicia en el verano de 1910, cuando Francisco Giner de los Ríos escribe a uno de sus más brillantes discípulos y estudioso del sistema

educativo británico, Alberto Jiménez Fraud, solicitándole que, desde Málaga, se traslade a Madrid para dirigir el nuevo centro. La Residencia era una fundación de la Junta para la Ampliación de Estudios, dependiente a su vez del recién creado Ministerio de Instrucción Pública, pero su inspiración venía directamente de los proyectos reformadores de Giner y de su Institución Libre de Enseñanza.

Como si el destino de la Residencia hubiera estado marcado desde el principio por un sino favorable, en el curso 1910-1911, en su modesta primera sede de la calle Fortuny, figuraban entre

* Director de la Residencia de Estudiantes.

sus quince alumnos algunos jóvenes que harían historia en la cultura española, entre otros, Jorge Guillén, el psiquiatra Miguel Prados, hermano del poeta y posterior residente Emilio, Manuel Prieto, después ministro de la segunda República, y el cardiólogo Luis Calandre. Y, conviviendo con ellos, Juan Ramón Jiménez, Miguel de Unamuno, Ricardo de Oruea y José Moreno Villa quienes, de esa manera informal, tan característica de la Residencia, ejercían como tutores y eran conocidos entre el alumnado como “los dones”. Esta concurrencia de valores individuales, distintos todos y todos valiosos, vino a incrementarse con la presencia de asiduos visitantes como Azorín, Ramón Menéndez Pidal, Ortega y Gasset o Eugenio d’Ors; especialmente Ortega, que solía acudir los domingos como consejero y amigo de Jiménez Fraud, y así lo siguió haciendo hasta que en los aciagos días de julio de 1936, por sugerencia del propio Ortega, que acudió allí a refugiarse con su familia, hubo que izar las banderas británica y norteamericana en la Residencia, convertida durante algunas semanas en un territorio ajeno a la atroz contienda. Una anécdota final que es emblema de una España que, siquiera en parte, sólo ha podido fructificar en el presente.

En 1915 la Residencia se traslada definitivamente a los Altos del Hipódromo, mítico lugar rebautizado por Juan Ramón Jiménez como la Colina de los Chopos donde se sucederán acontecimientos que ya forman parte de nuestra historia cultural común. Conciertos de Andrés Segovia, Manuel de Falla, Maurice Ravel, Stravinsky o Poulenc; conferencias de Howard Carter, Marie Curie, Albert Einstein, Paul Valéry o Le Corbusier, vendrán a ser, pasado el tiempo, referencias obligadas de nuestra historia intelectual, a las que habrá que unir la experiencia de españoles universales, que se formaron y comenzaron su obra en el mismo lugar, como Luis Buñuel, Emilio Prados, Federico García Lorca, Salvador Dalí o Severo Ochoa. Todo ello hizo posible que la Residencia

fuera el primer centro cultural de España, como escribió Julio Caro Baroja, y uno de los núcleos de creación e intercambio científico y artístico más inquietos y originales de la Europa de entreguerras desde su creación hasta el comienzo de la guerra civil en 1936.

Cuando en 1986 por iniciativa del Consejo Superior de Investigaciones Científicas se tomó la decisión de reanudar las actividades de la Residencia, no se trató, naturalmente, de recoger ningún imposible testigo de la historia, sino, mucho más modestamente, de recuperar la memoria y el legado intelectual de aquella primera etapa abruptamente interrumpida por la barbarie. Y en aquel primer momento, hondamente emotivo, fue una gran sorpresa comprobar cuánto quedaba vivo, cincuenta años más tarde, de lo que la Residencia había significado. Afortunadamente aún nos acompañan testigos directos, protagonistas de aquella época, como Rafael Lapesa o José Bello Lasierra entre muchos otros, pero también un espíritu, un talante especial que convocó en torno a él la solidaridad y colaboración de personas e instituciones.

La actualidad de la Residencia no puede explicarse ni ser entendida sin su pasado pero, paradójicamente, nuevas generaciones de españoles se interesan por aquél al hilo de la actividad que viene desarrollándose desde 1988. Actividad que pretende cumplir con las ideas expresadas por Alberto Jiménez Fraud cuando, al celebrarse el cincuenta aniversario de la Residencia, escribió: “Preocupóse ésta, desde sus comienzos, de que los programas de estudio que ofrecía no sufrieran de esa separación entre disciplinas científicas y literarias de que adolece el mundo moderno, el cual presenta los conocimientos en ese fraccionamiento, cada vez mayor, que tanto daño ha hecho a las ideas liberales, ya que las disciplinas quedan encerradas en recipientes estancos, no sólo en el pensamiento sino en el lenguaje”. La Residencia actual no forma a jóvenes, aunque es

frecuentada por muchos que se mezclan con protagonistas de la vieja Residencia y con la de hoy. Se dirige de una manera global y lo más amplia posible, dentro de sus medios, a la sociedad española, y aun a la universal. Las habitaciones que antes ocuparon estudiantes en período de formación universitaria, alojan ahora a investigadores, profesores y artistas de todo el mundo que, en estancias generalmente breves, llegan a sumar anualmente en torno a los 3.000, procedentes de más de sesenta países. Este movimiento de personas profesionalmente vinculadas a la cultura, unido a la programación de actividades y a la presencia de los becarios (estos sí, estudiantes de tercer ciclo o artistas jóvenes), convierten a la Residencia en un lugar en el que se produce de forma espontánea el intercambio de conocimientos, generaciones, ideas e inquietudes. Se cumple así el sueño del Ortega de los años 30 sobre una Universidad que hoy sigue siendo de la mayor vigencia:

“Véase por dónde, al meditar sobre cuál sea la misión de la Universidad y descubrir el carácter peculiar —sintético y sistemático— de sus disciplinas culturales, desembocamos en vastas perspectivas que rebasan el recinto pedagógico y nos hacen ver en la institución universitaria un órgano de salvación para la ciencia misma.

La necesidad de crear vigorosas síntesis y sistematizaciones del saber para enseñarlas en la “Facultad” de Cultura irá fomentando un género de talento científico que hasta ahora sólo se ha producido por azar: *el talento integrador*. En rigor, significa éste —como ineluctablemente todo esfuerzo creador— una especialización; pero aquí el hombre se especializa precisamente en la construcción de una totalidad”(1).

Las líneas de programación, que buscan cumplir los objetivos antes enunciados, tienen un doble carácter de recuperación de la memoria histórica y de prospectiva. *Historia intelectual, El porvenir de la cultura, Poesía en la*

Residencia, Ágora para la ciencia o Música en la Residencia son algunos de los epígrafes genéricos que las designan. Bajo ellos se agrupan ciclos monográficos, conferencias, exposiciones, conciertos, clases magistrales, coloquios... En algunos casos esta labor da lugar a las correspondientes publicaciones que, aunque no muy numerosas, se quiere sean muy cuidadas, conforme al viejo espíritu de las publicaciones de la Residencia que hasta 1936 estuvieron al cuidado de Juan Ramón Jiménez.

Este conjunto de propósitos adquiere, al hacerse realidad, una dimensión que singulariza, dentro de la actividad cultural floreciente en Madrid, el papel desempeñado por la Residencia. Que las aportaciones de Rafael Alberti, Octavio Paz, Bernard Noël o Charles Tomlinson, convivan en un mismo lugar con las de Manuel Patarroyo, Stephen Jay Gould o Antonio García Bellido es, cuando menos, atractivo para un público que es partidario de esa visión fronteriza del hecho cultural. Pero lo mismo se puede argumentar en otros campos como la música y el pensamiento en los que el magisterio de Paul Ricoeur, Jacques Derrida o Massimo Cacciari ha compartido espacio con las lecciones magistrales de Georg Solti, Pierre Boulez o Christian Zacharias. Estos protagonistas de la cultura contemporánea, entre tantos otros, son traídos a colación con el solo propósito de enmarcar en un párrafo la línea genérica de actuación de la actual Residencia en este campo.

Por otra parte, los ciclos monográficos, que permiten una profundización particular en asuntos centrales del diálogo de la cultura, son otra de nuestras ocupaciones permanentes. Algunos de ellos, como *Viena 1900, Música en la Generación del 27* o *Las dos culturas*, han permitido y permiten un debate de interacción entre el momento histórico que abordaban y el entorno social y cultural contemporáneo. Esta línea de trabajo se ha visto reforzada en 1998, año de tantas conmemoraciones, con los actos

que genéricamente se han agrupado bajo el epígrafe común de *La Edad de Plata*. En este ciclo se consideró el 98 como punto de partida para revisar un período más amplio y de enorme riqueza en el pensamiento español, que se abre en la crisis finisecular pero tiene continuidad durante todo el primer tercio del siglo XX. Es precisamente éste el período fundacional de la Residencia al que se dedica buena parte de la actividad, y en particular el programa de exposiciones que con intensidad creciente viene desarrollándose en los últimos años. *Los Putrefactos*, *¡Viva Don Luis!* o *Crucero Universitario por el Mediterráneo*, son algunas de las que con notable éxito de público han contribuido a difundir —y en algunos casos, como *Rafael Múgica. Los dibujos de Gabriel Celaya*, a descubrir— el desarrollo y contenidos de la vanguardia española de principios de siglo. Con *Un siglo de ciencia en España*, que puede ser visitada hasta finales de febrero, la Residencia pretende mostrar, y por vez primera, el trabajo de los científicos españoles desde finales del XIX hasta nuestros días y su influencia como factor de modernización en la sociedad.

Pero el programa de actos públicos, si bien es la más visible, no es la principal labor de la Residencia. Junto a la reflexión y el debate intelectual (que en la Residencia no sólo se desarrolla en las actividades programadas, sino muy especialmente en los encuentros informales que cotidianamente tienen lugar) es necesario plantearse acciones concretas de investigación y preservación de las fuentes históricas. Este trabajo lo realiza la Residencia a través de su Centro de Documentación, en cuyas instalaciones se custodia un fondo documental muy valioso para el estudio de nuestra historia intelectual desde finales del XIX hasta 1936. Desde el Archivo de la Junta para la Ampliación de Estudios o la Biblioteca y el Archivo del Museo Pedagógico, los más ricos, hasta los archivos y bibliotecas de Manuel García Morente, Luis Cernuda, José Moreno

Villa, Benjamín Jarnés, León Sánchez Cuesta o Francisco Grande Covián, la Residencia, en un complejo trabajo de búsqueda, valoración y catalogación, ha puesto a disposición de estudiosos e investigadores un riquísimo conjunto documental y bibliográfico. Sin embargo, es preciso profundizar en esta labor aprovechando que la sociedad española examina ahora (¡por fin!) con especial atención su historia y su cultura recientes. En esta dirección se ha iniciado un proyecto que reúne a los principales centros españoles con fondos documentales del período, para establecer las bases de creación de un catálogo colectivo de los fondos bibliográficos y documentales de La Edad de Plata que, a través de sistemas informatizados, pueda ser un eficaz recurso para el conocimiento y estudio de nuestra cultura. Esta *Red de Centros* será una aportación duradera de las obligadas, pero efímeras, conmemoraciones del 98.

Los afanes de la actual Residencia de Estudiantes, entre los que tiene prioridad la rehabilitación de sus edificios y de su entorno que esperamos esté concluida en 1999, darían para extenderse mucho más. No he tratado aquí sino de esbozar algunos de los principales proyectos, lo que espero baste para concitar en el lector curiosidad y simpatía. Curiosidad porque esta es una de las fuerzas que mueven nuestro trabajo; y simpatía porque somos conscientes de que todo el esfuerzo realizado hubiera sido inútil sin el apoyo de tantos amigos que con su presencia, participación y aportaciones han contribuido a hacer de la Residencia un órgano vivo y en plena actividad. El deseo de hacer útiles estas voluntades y de honrar una memoria tan fecunda como la que esta casa atesora nos anima a seguir trabajando.